

EN PUNTO

maron la atención los aviones «Sky-hawks», entregados recientemente por los Estados Unidos. ¿Entrarán pronto en acción? Todo invita a pensarlo. El tono de los discursos sube. Las ame-

nazas aumentan. El desfile-desafío de Jerusalén puede dar paso a una posible reanudación de las hostilidades.

(Foto UPI-CIFRA)

LAS FUERZAS ECONÓMICAS DE NUESTRO TIEMPO

Una Humanidad a 5.000 por hora

«Es asombroso el hecho de que en una época en que la abundancia está empezando a ser la condición, al menos en potencia, de países y regiones enteras y no sólo de individuos aislados, al mismo tiempo que las proezas científicas superan los más atrevidos sueños preteritos de la Humanidad, resulta que hay en el mundo más seres padeciendo hambre y necesidad que en ninguna otra época anterior... En estos últimos años la Humanidad ha venido creciendo a más de 5.000 por hora y sigue multiplicándose cada día más de prisa. Se espera que el crecimiento medio en el último cuarto del siglo XX se realizará a un promedio de 11.000 nuevos habitantes por hora. La explosión demográfica se agudiza, precisamente, en los continentes menos desarrollados. América Latina, África... donde los niveles de consumo son menos elevados. Sólo para mantener el «hambre» a su nivel actual, sin agravarla más, la producción de alimentos habrá de aumentar hasta el año 2000 un 100 por 100 en África, un 150 por 100 en Asia y un 200 por 100 en América Latina. El círculo vicioso en que se encuentran los países subdesarrollados parece agravarse considerablemente en los últimos años. Mientras que en 1951 obtenían el 12,4 por ciento de la producción mundial, en 1959 sólo recibían el 9,7 por 100.

¿Podrá la técnica y la actual organización económica de la sociedad alcanzar y superar tales tasas de crecimiento? ¿Qué papel habrá de jugar en ello la resultante de la evolución de los sistemas económicos?

Tales cuestiones constituyen el punto de partida de un interesante trabajo titulado «Las fuerzas económicas de nuestro tiempo», del profesor Sampedro, catedrático de Estructura Económica de la Universidad de Madrid, que, recientemente, ha publicado la editorial Guadarrama y que está siendo ya objeto de muy numerosas polémicas.

Resulta curioso —aunque ya no suele sorprender a nadie— que la obra del profesor Sampedro pudiera adquirirse, con bastante antelación, en las principales librerías europeas, publicada por la editorial Weidenfeld and Nicolson, en Londres —en su nueva colección titulada World University Library, destinada a divulgar temas científicos— y traducida simultáneamente a varios idiomas. Sólo un año después aparecería en nuestro país.

La respuesta del profesor Sampedro a los principales problemas planteados está llena de sugerencias, ofreciendo al lector una documentada bibliografía sobre cada uno de ellos. El capitalismo —se señala en la obra— no es más que otra etapa del desarrollo de la historia de la Humanidad. La creciente participación estatal en la vida



PROFESOR SAMPEDRO

económica, la nacionalización de los sectores claves del proceso económico, la transformación del empresario, eje motor del capitalismo, reflejan mejor que nada la evolución del sistema de una economía de mercado hacia una creciente planificación. En el extremo opuesto, el sistema socialista se modifica. El año 1956 será una fecha importante en este proceso de transformación. Al mismo tiempo que mantienen la propiedad pública de los me-

dios de producción y la planificación central de la economía, comienzan a prevalecer los móviles de los consumidores y las iniciativas de los diversos escalones intermedios que adoptan las decisiones económicas en cada rama productiva. ¿Significa ello una convergencia de sistemas o una simple desviación del socialismo hacia otros supuestos diferentes. Se trata de una superación de ambos, concluye el profesor Sampedro. ■ A. L. M.

LAS INVERSIONES DE EE. UU. EN EL MUNDO

Hacia los países desarrollados

La crisis del dólar ha puesto de actualidad el tema de las inversiones norteamericanas en el mundo. Estas comenzaron a hacerse patentes a finales del siglo XIX, centrándose preferentemente en América Latina. En el año 1914, el importe de las inversiones norteamericanas en este continente ascendía a 1.988 millones de dólares (77 por 100 del total). Finalizada la I Guerra Mundial, los Estados Unidos acrecientan, de manera notable, sus inversiones en el exterior, alcanzando ese año los 8.000 millones de dólares (el 45 por 100 en América Latina). La crisis del año 29 detuvo la tendencia expansiva de las inversiones en el exterior durante un largo período. En 1946 totalizaban 7.200 millones de dólares, es decir, una cifra ligeramente inferior a la del año 1930. Es a partir del fin de la II Guerra Mundial cuando las inversiones norteamericanas en el exterior inician su más fuerte etapa expansiva, pasando en el período 1950-1960 (período Eisenhower-Dulles) de los 11.788 millones de dólares a los 32.778 millones. Este proceso proseguirá en los años siguientes hasta llegar, en 1965, último dato conocido, a los 49.217 millones de dólares, cifra impresionante.

Hay que subrayar que durante estos años se han producido cambios en la dirección de las inversiones. En 1950,

las inversiones de los Estados Unidos sólo sumaban en Europa 1.733 millones de dólares (15 por 100 del total), mientras en América Latina alcanzaba los 4.445 millones de dólares (38 por 100). Quince años más tarde —en 1965—, Europa absorbía 13.894 millones de dólares (28 por 100); América Latina, 9.371 millones (19 por 100).

En ambos años, que ofrecen un cambio radical en el destino de las inversiones, Canadá seguía siendo la zona del mundo de interés preferente para las empresas norteamericanas. Paralelamente se han experimentado cambios fundamentales en los renglones hacia los que se han dirigido las inversiones. Aunque las clásicas inversiones petrolíferas continúan representando una tercera parte, últimamente han crecido, de forma muy considerable, los destinados a la industria manufacturera (40 por 100), sobre todo en Europa, donde la sociedad de consumo ofrece mayores facilidades.

Parece lógico que en el futuro se mantendrá la tendencia a invertir en los países más desarrollados y en los sectores industriales más dinámicos. La crisis del dólar, motivada por crónicos déficits de balanza de pagos, quizá provoque un pequeño paréntesis, puramente coyuntural, en la triunfal marcha de la inversión norteamericana en el mundo. ■ A. L. M.

LA MAQUINA Y EL HOMBRE

Del narcisismo a la agresividad

En Copenhague se acaba de reunir el consejo europeo de la Organización Mundial de la Salud para estudiar un

problema que comienza a aparecer como muy inquietante: el hombre crea la máquina como prolongación de sí mismo, pero la máquina le sobrepasa en fuerza y en reflejos (velocidad de actuación) de forma que el hombre cada vez domina menos la máquina y resulta víctima de ella. El ejemplo más fácil: el automóvil. Cada año produce en el mundo 100.000 muertos, más de un millón de heridos que quedarán marcados toda su vida y cerca de cuatro millones de heridos leves. Los fallos excepcionales del mecanismo humano son casi inoperantes: no producen más que entre el 1 y el 2 por ciento de los accidentes (incluyendo los causados por el alcoholismo). El problema está, sobre todo, en el hombre «normal»: los psicólogos y los psicoanalistas señalan que ciertos factores presentes más o menos en todos los hombres y mujeres —narcisismo, ansia de poder, agresividad— resultan ampliados, magnificados, por la potencia de la máquina que usan. Es decir, que la máquina no solo multiplica la fuerza «consciente» del hombre, y por lo tanto controlada y deseada, sino ciertos fantasmas de su subconsciente que no puede sostener ocultos o censurados. Dos datos estadísticos y comprobados destruyen dos nociones populares sobre la frecuencia del accidente. Uno se refiere a los jóvenes: no es la juventud «alocada» con «ansia de velocidad» y con «desdén por la vida» la que causa el mayor número de accidentes, sino los adultos, los hombres a quienes se considera como muy responsables y tam-

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

portando banderas del «Vietcong». Tuvieron que enfrentarse con la Policía... y con numerosos transeúntes.

- Los obispos norteamericanos han condenado, en una declaración hecha pública en San Luis (Missouri), el racismo, pero admiten que han fracasado en sus esfuerzos por modificar la actitud racista de la mayor parte de los fieles.
- Setenta por ciento de los negros norteamericanos tienen unos ingresos medios inferiores en 3.000 dólares a los de los norteamericanos blancos. Y otro dato que evidencia que la cuestión racial es una cuestión social: el paro entre la población de color es doble al de la población blanca.
- La lucha armada es el único método de resolver el conflicto racial en los Estados Unidos, ha declarado Jean-Paul Sartre, en un

mitin celebrado en la «Mutualité» parisina en favor del Poder Negro.

- El Presidente Johnson ha pedido a los miembros de su gabinete que no tomen parte alguna en la campaña electoral. La petición se hizo a raíz de que Orville Freeman, secretario de Agricultura, hablase en favor de Humphrey.
- La República Federal Alemana y Francia seguirán conjuntamente sus investigaciones espaciales sobre el satélite de telecomunicaciones «Sinfonía», dice un comunicado publicado después de una reunión de los ministros del Departamento, Stoltenberg y Schumann.
- El libreto de la ópera «Guerra y Paz», de Prokofiev, que la compañía moscovita del Bolchoi representará el mes de septiembre en la Ópera de París, será ligeramente modificado para «no ofender la memoria de Napoleón».



EL PRESIDENTE JOHNSON, CON AVERELL HARRIMAN (A LA IZQUIERDA) Y LLEWELYN THOMPSON

LA DIFÍCIL ESCALADA DE LA PAZ

EDUARDO HARO TECGLÉN, desde París

Para informar sobre las conversaciones de paz entre Washington y Hanoi que se desarrollan en París, TRIUNFO ha destacado como enviado especial a su comentarista de política internacional Eduardo Haro Tecglén. A continuación publicamos la primera de las crónicas enviadas por Haro desde la capital francesa.

«**F**UE aquí, en París, donde un político francés —Clemenceau— dijo una frase que ha resultado un axioma: «Es más difícil terminar una guerra que comenzarla». Se trata ahora de iniciar el proceso de terminación de una guerra. Hay un cierto deseo —en las fuentes americanas— de señalar que hay no una, sino dos guerras. Una, la de Vietnam del Norte y los Estados Unidos; es decir, los bombardeos americanos cuya limitación anunció Johnson —y no se ha realizado más que de una manera relativa— y la participación del Vietnam del Norte en el Sur. La otra guerra sería una guerra civil en el Vietnam del Sur: la de los guerrilleros frente a la junta militar de Saigón. Es una distinción académica y convencional. Sirve apenas para este primer paso, para esto que se llama, con evidente irregularidad lingüística, «preconversaciones». Es decir, para mantener aparte a los delegados del Vietcong y los de la junta de Saigón —que envían un «observador». Hay quien ve más guerras al mismo tiempo: la que está latente en los otros países de la península de Indochina —Laos, Camboya, Tailandia...—, esperando la retirada de los americanos para estallar con toda su fuerza; la guerra casi teológica Occidente-Oriente, o más bien, reduciéndolo a términos reales, Estados Unidos-China, de la que el encuentro del Vietnam no es más que un episodio; finalmente, una guerra política entre la URSS y China para dirigir el comunismo asiático y, de su resultado posible, el del tercer mundo... Es elevar mucho el tema, la cuestión. Es evidente que hacia el futuro, el problema esencial es el de la estabilidad de Asia y su posición en el mundo, y que esa sombra lejana debe pesar en las conversaciones preliminares que están aquí a punto de comenzar. Pero, ¿pesan tantas cosas al mismo tiempo? Las elecciones de los Estados Unidos, la actual ofensiva vietcong en Saigón —que viene a significar esto: «Si no tenemos voz en la conferencia de París, tenemos voto en la situación militar», las salidas que tenga la junta militar —por el momento, está encarelando neutralistas y miembros de la oposición no comunista; también quieren significar que existen y que cuentan—, el peso de la opinión mundial...»

Por el momento, se trata de poner un anticoagulante a la situación. Limitar la hemorragia. El hecho de que la delegación americana esté repleta de especialistas en asuntos asiáticos —los jóvenes cerebros del Departamento de Estado, que sustituyen a los «old China hands» de la vieja política colonial— indica que hay una cierta previsión de futuro en lo que se vaya a tratar aquí. Es una delegación impresionante. Ocupa ochenta habitaciones en el hotel Crillon: un hotel de millonarios, en la plaza de la Concordia —buen nombre predestinado para la busca de una paz— que se dice que ha sido elegido no por su riqueza y su lujo ostentosos, sino por su proximidad a la Embajada americana. Todo ello está ahora guardado por impre-

sionantes fuerzas de Policía francesa. La delegación la dirige Averell Harriman, multimillonario y viejo experto en política internacional, que dice frecuentemente a sus amigos: «No estoy hecho para la política: no estoy hecho para las intrigas» (pero sus amigos, desde luego, no se lo han creído jamás). Le acompaña, como segundo, Llewellyn Thompson, cuya vida diplomática se ha desarrollado en torno a la URSS. Como Averell Harriman, ha sido embajador en Moscú —lo ha sido tres veces— y es uno de los creadores de la coexistencia pacífica. El hecho de que los dos dirigentes de la delegación americana sean especialistas en asuntos soviéticos —Thompson habla el ruso correctamente y fue amigo personal de Krushev— hace pensar a los suspicaces —que muchas veces tienen razón— que los Estados Unidos piensan contar mucho con la URSS en esta negociación. Algo de esto quedó dicho en el número anterior de TRIUNFO («Asia: cambio de piel»). Pero no es seguro, en esta víspera de la reunión, que sea Thompson el segundo de esta delegación: puede serlo el joven Cyrus Vance, que superaría un contrapeso al digamos liberalismo de estos intelectuales abiertos que parecen ser Harriman y Thompson: Vance figura en la lista de los «halcones», de los leales a la política de Rusk y Johnson. Lo único que pasa es que en estos momentos no se sabe cuál es la política de Rusk y de Johnson.

En principio, parece ser la de la prisa. Los pesimismo lógico que se erizan en torno a esta primera entrevista, basados en la dificultad inmensa de los problemas a resolver, tienen su contrapartida en la prisa que parece tener Johnson, emplazado por las fechas fijas de las elecciones —y la más próxima aún de las convenciones de los dos partidos— para obtener algo sólido. No con sólo las elecciones: es la situación general de los Estados Unidos, la situación económica y moral, su proyección en el mundo, lo que les obliga a actuar con urgencia. Es la misma situación militar en el Vietnam, donde la iniciativa se les ha ido de las manos, parece que definitivamente, la que les presiona. Inversamente, el Vietnam no parece que deba tener prisa. El tiempo le ayuda. En los años transcurridos desde que se inició el movimiento de guerrillas, incipiente y aparentemente débil, hasta esta fecha de hoy, los vietnamitas han ido acrecentándose de tal forma que han llegado a esta situación de hoy en la que pueden hablar no ya de igual a igual, sino casi con superioridad, al país más poderoso del mundo. Le han forzado a aceptar una negociación que, en muchos términos, aparece ya como una capitulación. La misma aceptación de París como lugar de las reuniones es ya, en sí, una concesión americana. Sólo un deliberado olvido de que Francia es hoy el país más antiamericano del mundo occidental puede haber hecho que Johnson lo acepte como «neutral». Todavía están en el aire las palabras que el general De Gaulle pronunció en Phnom Penh, a unos kilómetros de los puntos de combate, considerando a los americanos como agresores... En estos momentos, sin embargo, la actitud oficial francesa es de la más alta corrección neutral. No puede decirse lo mismo de la opinión pública. La opinión pública es —y lo demuestra visiblemente— partidaria pura y simplemente de un abandono del Vietnam por los americanos, que sea un eco de lo que fue su propio abandono de Indochina.

EN PUNTO

blén los supuestos moderados, los hombres de edad avanzada (separando, una vez más, los casos patológicos como disminución de la vista o de los reflejos). El otro mito destruido: la mujer causa menos accidentes que el hombre: su prudencia y su seguridad son mayores. Otra comprobación interesante: hay mayor número de accidentes de máquina (teniendo en cuenta las proporciones de densidad) en los países subdesarrollados que en los industriales: la consecuencia provisional a que se ha llegado en Copenhague es que los valores culturales y sociales tienen una importancia considerable en la adaptación del hombre a los valores puramente técnicos. Es po-

sible que no se haya tenido en cuenta en Copenhague, en el caso de los países subdesarrollados, que el parque automóvil es arcaico (numerosos países industriales exportan automóviles viejos a los países nuevos), la dificultad económica en reposición de piezas y de neumáticos, el mal estado de las carreteras y la convivencia forzada entre el tráfico automóvil y la tracción animal, además de que el hecho mismo de que el automóvil sigue siendo en muchas regiones un medio insólito y no ha permitido aún la habituación de los campesinos: no ha creado la suficiente sensación de peligro como para estar alerta como pasa en los países industrializados y habituados de antaño.

LOPE DE VEGA

En busca de un vodevil

Por tradición, los clásicos han sido entre nosotros autores escénicamente solemnes, de proyección más culturalista que viva sobre el público.

El problema de la «representación de los clásicos» se inscribe entre los más interesantes del teatro moderno, justamente por la necesidad de revitalizarlos, intentando, como han dicho numerosos críticos y directores, que sean para el público de hoy lo que en su día fueron para el público contemporáneo del autor.

Un trabajo de este tipo comporta numerosos problemas, tanto en la elaboración de las «nuevas versiones» como en la búsqueda de las formas escénicas más idóneas. Los «clásicos», en definitiva, vienen a constituir así un material teatral que liga nuestro tiempo con el pasado, obligándonos a tender el puente estético e ideológico entre las dos épocas. Lo que es tanto como decir que, asumida nuestra condición de «seres históricos», la representación de los clásicos significa una profundización en nuestro tiempo a través de un testimonio artístico del pasado, o viceversa.

De todas estas cuestiones, la única que parece haber asimilado el teatro español es la necesidad de acabar con las solemnidades, sometiendo las obras clásicas a un tratamiento desenfadado. De donde se ha deducido que era necesario encontrar obras cómicas, de características que permitiesen las comedias libertades. Está, tras el éxito de «Las mujeres sabias», explicaría la larga investigación que ha conducido a «El rufián Castrucho», la obra de Lope de Vega recién estrenada en el teatro Español.

En la nota del programa —documentada y seria, por otra parte— se dice que «en estos últimos años han sido representadas en los teatros de Madrid, con calurosa y recojida acogida de público y crítica, varias comedias

de Lope de Vega —comedias de malas costumbres— que ni aun en los manuales de literatura habían merecido otra atención que la simple mención de su título». La observación es exacta y significativa. Porque no es que hayamos llegado a estas «obras menores» —algunas, muy justamente desatendidas por los manuales de literatura— tras una seria y variada exploración de las «obras mayores», sino que hemos ido a ellas para soslayar una serie de cuestiones importantes.

Someter la docena de obras fundamentales de Lope a ópticas diversas es, sin duda, un trabajo que, aparte de romper la solemnidad, comporta una serie de riesgos. Subrayar lo espectacular y lo cómico en obras menores, en las que, además, hay márgenes para las fáciles invenciones de la puesta en escena, resulta, obviamente, mucho más cómodo. Y, en definitiva, mucho más trivial, adjetivo que uno emplea aquí peyorativamente.

«El rufián Castrucho», obra de enredo, astracán en verso, con cierta comicidad de dudoso gusto, acaba de ser sometida a nuestra «teoría dominante». Y el resultado es mediocre, muy mediocre, por más que Pablo Gago haya diseñado unos espectaculares y eficaces decorados, y el director, Miguel Narros, y el cuadro general de intérpretes se esfuerzan en hacer divertido y gracioso lo que muchas veces no lo es. Quizá con un menor prejuicio «cómico», la obra podía haber sido más llevadera, alcanzando la ironía que así, interpretada como un subyugate cómico, ha perdido. Citaré, no obstante, el esfuerzo de Agustín González, aunque creo que el problema está en que se hizo el molde antes de desarrollar y estudiar el texto adecuadamente. Se quiso repetir «Las mujeres sabias», pero la obra —que, en otro sentido, es una especie de vástago empobrecido de «El caballero de milagros»— no ofrece las mismas posibilidades. ■ J. M.

LA DESMITIFICACION DE LA PARTITURA

De la serie a la música aleatoria

Nuestro colaborador Luis de Pablo ha publicado en «Nouvel Observateur» el artículo que reproducimos a continuación.

«España es diferente», dicen los slogans turísticos. Yo no veo más diferencia que el hecho de que hayamos necesitado, por gusto o por fuerza y durante siglos, responder a una cierta idea exótica que Europa se hacía de nosotros. Estábamos condenados a ser folklóricos y pintorescos o a no ser. No se podía hacer música si no era «con un poco de España alrededor», como canta Ravel. El compositor español no debía ser más que un bardo

provincial, un cantor del sol y los paisajes, un servidor incondicional de la tradición. En suma, no existía en tanto que individuo responsable y sólo raramente le estaba permitido medirse con los creadores espléndidamente solitarios y autónomos de los países vecinos. Hemos tenido que remover montañas para hacer cambiar poco a poco esta mentalidad.

Hace quince años no había música nueva en España. La revelación no pudo llegarnos sino a través de los libros. En 1950 leí el «Doctor Faustus», de Thomas Mann; luego, las obras de Leibowitz sobre los vieneses. Un poco más tarde, la «Técnica de mi lenguaje

musical», de Messiaen. Pero mientras los extranjeros podían beneficiarse de la experiencia adquirida, apoyarse en sus predecesores, yo me veía obligado a aprenderlo todo, a intentarlo todo por mí mismo. Y, durante cerca de diez años, descubrí varias veces América... Una América que —más tarde me daría cuenta— Boulez, Stockhausen, Berio y otros veinte habían abosado desde hace tiempo. No conocí los famosos cursos de verano de Darmstadt hasta 1958, cuando ya había escrito cierto número de obras más o menos seriales.

Como todo compositor, tenía deseos de hacer oír mis trabajos, o mejor dicho, tenía una real necesidad de oírme yo mismo. La sección española de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea rechazaba sistemáticamente mis partituras, pero las obras folklóricas aceptadas nunca obtenían recompensas en los concursos internacionales. Las instituciones oficiales resistían victoriosamente a toda infiltración de la disonancia.

En 1958 logré poner en marcha el ciclo de conciertos «Tiempo y Música», en el marco de las actividades culturales de la Universidad de Madrid. Duró tres años. Después organicé la Bienal de Música Contemporánea de 1963-1964, que fue considerada como una verdadera catástrofe política. Por fin constituí el grupo «Alea», especializado en la ejecución de músicas actuales y que ahora da, regularmente, series de conciertos. La temporada próxima incluso comenzaremos un ciclo de sesiones de gala de orquesta. Todas estas iniciativas no han hecho otra cosa, en realidad, que cristalizar algo que estaba



LUIS DE PABLO

en el aire, que catalizar los deseos de toda una generación cuyo perfil musical ya puede distinguirse. También España se despierta a la música de su tiempo. Una música que, escapando a los nacionalismos, debería precisamente volver a dar a España su puesto en el impulso creador contemporáneo.

En lo que a mí se refiere, desde 1958, con mi «Móvil I» para dos pianos, abandoné la serie como idea central de la composición. Hasta entonces la serie no había sido para mí, como para muchos otros, más que el comienzo de una nueva sintaxis sonora, el medio de neutralizar la armonía, de experimentar un orden a la vez más riguroso y más rico. Pero, al salir de esta ascesis, tenía sed de un lenguaje más ágil, más libre, más fresco, más verdadero, que tomase la materia sonora desde puntos de vista cada día renovados.

Desde mi «Radial» para veinticuatro instrumentos, de 1960, me entrego a la búsqueda de una dialéctica particular para cada obra. Si, desde entonces, he introducido el azar en mis composiciones, no es ni por facilidad ni por demisión, sino al contrario, para revalorizar el discurso, para darle una nueva dimensión de vida y de expresión, ya que no hay peligro de riesgo de desorden o de confusión en tanto que cierto número de componentes esenciales permanezcan fijos.

En «Imaginario II», que Bruno Ma-

GRAN BRETAÑA:

ADULTOS CON RESERVAS

En Gran Bretaña, una nueva ley hará descender a los dieciocho años la mayoría de edad, establecida hasta ahora en los veintuno. Esta medida afectará a 2.750.000 jóvenes ingleses que, a partir de la entrada en vigor de la ley, podrán firmar contratos, contraer matrimonio y adquirir propiedades sin necesidad del consentimiento paterno. Ahora bien, la «Comisión Lattey» —encargada de la elaboración del proyecto de ley— no ha juzgado conveniente incluir en las disposiciones legales que afectarán desde ahora a los «mayores de edad» comprendidos entre los dieciocho y los veintún años el derecho a la participación política. Hasta los veintún años, los jóvenes británicos seguirán sin derecho al voto. La mayoría de los jóvenes pagan sus impuestos y, por esta razón, se creen facultados a disponer del derecho a influir sobre el modo de empleo de sus contribuciones al erario público. Y, a mayor abundamiento, denuncian la incongruencia de una ley que, permitiendo a los jóvenes ser titulares de contratos vitales —como el matrimonio— no les permite dar el voto al diputado de sus preferencias. En definitiva, lo que acaban de hacer los legisladores británicos es inaugurar un nuevo tipo de persona jurídica, la de «adulto con reservas».

CHECOSLOVAQUIA:

LIBERALIZACION

Goldstücker, presidente de la Unión de escritores checoslovacos, ha respondido a preguntas de Valerio Ochetto acerca de la pluralidad de opiniones en Checoslovaquia: «Los organismos de la vida política deberán tener una autonomía propia, de tal forma que el Gobierno sea independiente del partido y que el Parlamento pueda efectuar un verdadero control sobre el Gobierno... Asimismo, las asociaciones como los sindicatos y la Unión de escritores deberán aportar su contribución original, de forma que se pueda admitir que una propuesta no procedente del partido comunista sea confrontada con la propuesta por los comunistas...». En esta entrevista anuncia la reaparición de la revista «Tvar», católica, y la supresión total de la censura de prensa. Asimismo señala la preparación de ediciones del «Doctor Jivago», de Pasternak, y «El gusto del poder», de Minachko, que alcanzarán los 200.000 y 300.000 ejemplares. Goldstücker, que fue juzgado en 1952 y rehabilitado tres años después, mantiene intocables en su entrevista los principios del sistema socialista: propiedad pública de los medios de producción y las alanzas internacionales.

HUMPHREY Y LA RELIGION

El periodista Robert Sherill (autor de «El presidente accidental») cuenta que cuando en 1966 H. Humphrey hacía su campaña en el Estado de Minnesota, preguntaba a todo el mundo que encontraba a qué Iglesia pertenecía y, fuera cual fuese la respuesta, H. H. comentaba: «Maravilloso. Yo también lo soy». Como le preguntara uno de sus adjuntos por qué conseguía algo tan difícil como es satisfacer a todo el mundo, respondió: «No es difícil. Después de todo, soy cristiano».